



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10801

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes. La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 6 DE MARZO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a pla-
zo en toda clase de valores cotizab-
les en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS
CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12.

DESMAYADO

Ese es el estado del país; está
desmayado.

Es inútil que se esfuerce «El Im-
parcial» en demostrar lo que está
a la vista de todo el mundo. Es
inútil también el empeño que pone
«La Epoca» en probar que los des-
mayos de la opinión responden a
sugestiones de la prensa. Desma-
yada estaba antes de ahora la opi-
nion pública y desmayada sigue y
seguirá. Dios sabe cuánto tiempo.

Colocada entre dos guerras civi-
les; forzada a dirigir su atencion
ora al Oriente, donde crece la re-
beldia imponiendo nuevos y dolo-
rosos sacrificios, ora al Occidente,
donde se prolonga la lucha y se ve
llegar un nuevo período de inac-
cion forzosa que representa un año
mas de sacrificios sin medida; sin
viendo dentro de sí misma el eco
de la conspiración misteriosa, há-
ciéndola pensar con espanto en
nuevas discordias que han de cau-
sar males sin cuento, y contem-
plando al par como se entregan los
políticos a las luchas por el poder,
como si esto fuera lo principal y
lo demás lo secundario, ¿qué ha de
hacer la opinion? Desmayar; aban-
donarse a sí misma para rodar
mas pronto a donde sus desdichas
la llevan.

No ha desmayado cuando se le
ha pedido sangre y dinero. Al con-
trario; olvidando el dolor de sus
heridas y el estado de su hacienda,
a cada nueva extracción de sangre
que se le ha practicado ha respon-
dido con un terroroso viva a la

patria, en aras de la cual se le im-
ponian sacrificios tras sacrificios.
Si ahora desmaya; si se rinde al
cansancio, no es porque le ame-
drenten los mambises de Cuba ni
los tagalos de Filipinas; contra
unos y otros tiene aún bríos sob-
rados; pero le descorazona el cla-
mor de los que a diario le predi-
can desdichas mayores que las que
sufre y el vorario de los que, ce-
rrando los ojos a la evidencia, se
esfuerzan en probar que todo va
muy bien.

Un país a quien se le pone de
manifiesto a cada hora la situa-
cion lastimosísima en que regre-
san a España los soldados que fue-
ron a pelear por la integridad del
territorio ¿qué ha de hacer? En-
tristecerse. ¿Y tiene algo de parti-
cular que tras de la tristeza venga
el desmayo? Lo que sería extraño
es que no viniera.

Ese desmayo no es cobardía; que
no puede sentirlo el pueblo del 2
de Mayo; no es amilanamiento,
que jamás lo ha sentido el que pe-
leo en Lepanto y Trafalgar. Ese
desmayo es el resultado natural
de la desconfianza que se ha apo-
derado de la opinion pública, al
ver que se discute sobre los resul-
tados de ambas campañas, mas
por ser ~~lo que~~ que dichas campañas
interesan.

El país está desmayado, es cier-
to; pero a pesar de su desconfian-
za tiene los brazos descubiertos
y tendidos para que se le practi-
que nueva sangría

¿Si los políticos estuvieran a la
altura del país?

TIJERETAZOS

No ha podido venir a menos el gene-
ral Weyler.

Unos le acusan de falta de actividad.
Otros lo censuran por que aun no ha
construido la guerra.

Los unos dudan de que su plan dé
resultados.

Los otros dicen que no hay tal plan.
Si el general guarda silencio se oye
un clamoreo general de agrías censu-
ras.

Y si habla, salta «El Ejército Español»
y lo toma a mal.

¿Qué suerte la del general en jefe del
ejército de Cuba?

Desviéndose por dar gusto a todo
el mundo y no dando gusto a nadie.

Se habla de que en ciertas provin-
cias tienen los carlistas depósitos de
armas.

Y hay individuos que lo niegan.

También se negaba que había agita-
cion carlista en ciertas regiones y ya
ha salido una partida al campo.

Y las armas que llevan estarian de-
positadas en alguna parte.

De modo que hay depósitos.

Vuelve a hablarse de crisis ministerial
asegurándose que al Sr. Romero Roble-
do se le ofrecerán dos carteras.

Muchas son para un hombre solo.

Si una sola que tenía en el último mi-
nisterio de que formó parte le pesó tan-
to, que tuvo que arrojarla, ¿qué le suce-
ría con un par?

CRÓNICA INTERNACIONAL

(De nuestro servicio especial.)

Continúa el problema de Oriente so-
bre el tapete.

La actitud de Grecia es vista en Eu-
ropa con tanta simpatía, ya lo hemos
dicho, como execración han merecido
las escuadras que han ensayado sus po-
tentes cañones en las masas cristianas.
El rey Jorge en su reprimenda a tan
desacordado y salvaje escarnio a la ley
de humanidad, ha expresado, con la
suya, la protesta del espíritu liberal
europeo.

De no haberlo visto, —ha dicho el mo-
narca helénico— jamás hubiera creído
que las escuadras europeas pudieran
disparar contra un pueblo cristiano,
y víctima de los mayores ultrajes y
de la tiranía más cruel, combate por
su libertad, por su religion y por su
vida.

Ante la superior idea de la paz, he-
mos visto con temores los procedimien-
tos de los helenos, que no obstante ser
dignos de loa y merecer plácemes por
tender a redimir a un pueblo bien me-
recedor de suerte más venturosa, se en-
contraba frente a los colosos del viejo
continente, más celosos de su particu-
lar interés que de hacer justicia y lo-
grar honroso señuelo siendo libertado-
res de los oprimidos.

Pero las grandes potencias no cejan
en sus deseos, porque no han enfrena-
do sus desmedidos apetitos; mas si Gre-
cia no hubiera desoído sus consejos y
resulta otorgara su auxilio efectivo a
los cristianos, los ministros plenipoten-
ciarios de ellos no se habrían conmovi-
do ante los sangrientos desmanes de
los turcos, por no turbar lo que se llama
concierto europeo.

Y cuando el gobierno helénico pro-
cede cual demandaba su propia con-
ciencia y exigian los fueros de la razón
y la ley del amor, entonces es cuando
¡cruel sarcasmo! se ponen frente a él
para contener su influjo bienhechor en
la rebelión de los cadistas!

La opinion sensata de Europa señala
al Emperador Guillermo con el estigma
que merece el reprobado acto de que
sus acorazados hayan ensayado los es-
tragos de las bombas de melinita en el
campamento cristiano de la Canea; pe-
ro aunque en general todo son censuras
a los Estados poderosos que pretenden
por la fuerza imponer su criterio a los
débiles, sin embargo, necesario es re-
conocer que precisa un gran tacto en la
nacion griega para vencer, con su pe-
queñez relativa, aunque con la mayor
salvaguardia de la justicia de su causa
y sin sufrir por ello desdoro, los obstá-
culos que esas grandes potencias crean
a la solución del problema, que en bu-
ena ley no puede ser otra que la inde-
pendencia de Creta.

Cierto que para esto precisan los he-
lenos una templanza y una reflexión no
muy común en raza tan impresionable
y fogosa; mas la necesidad obliga, y
apremiados por ella encalmarán sus
bríos, pese a sus anhelos, pues lo con-
trario, como decimos en nuestra ante-
rior Crónica, sería una terquedad he-
rédica, pero suicida. La responsabilidad
del mal proceder pesará sobre Rusia,
Italia, Alemania, Francia, Austria Hun-
gria e Inglaterra, que con todo el pode-

rio de sus formidables armadas, han
buscado un término a la cuestion, que
rechazan de consumo el respeto a la
libertad y al amor del prójimo, llevadas
de insanos egoísmos, que, en suma,
vienen a purgar los cretenses, bien dis-
tanciados por cierto de las sordidas ava-
ricias de las potencias y bien agenos a
sus maquiavélicos enredos.

Justo es decir que la urdimbre de
disfabor hacia la isla que téjen los di-
plomáticos de Constantinopla y Atenas
obedece a las órdenes, como es natural,
de sus respectivos gobiernos; pero la
opinion de Europa se divorcia en gene-
ral de la politica de las cancellerías,
pues la llamada masa anónima, con su
notable intencion, comprende que la-
do debe inclinarse la balanza de la di-
osa Thémis, y es en todo su espíritu
de so en el plátulo de la causa de los cre-
tenses.

Mérida a la presión popular se debe
que el marqués de Saldanha haya mo-
dificado la nota obediencia que propuso
Rusia, cuyos extremos principales eran
la concesión de la autonomia de la isla,
dejándola sujeta a la dominación del
Sultán; si Grecia se negaba a embarcar
las tropas que hoy tiene en ella, las po-
tencias bombarderías e liberal aten-
niense. La Gran Bretaña no se ha atre-
vido a suscribir tan descarada amenaza
y la ha dulcificado consignando que
igual suerte corre Turquía si también
se niega al deseo de las potencias, con
lo cual ha generalizado la clausura y
desvirtuado en parte el mal efecto que
de referirse solo a los helenos hubiera
causado a los ingleses. Para que juzgue
el lector sobre este punto, vea lo que ha
dicho el insigne estadista Mr. Gladstone
en el correspondiente del «Times», con re-
facion a la cuestion de Oriente:

—La conducta de las grandes poten-
cias me produce dolor e indignación,
antojándoseme que en la actualidad es-
tan dedicadas a colmar la medida de su
propio deshonor.

Llegadas las potencias al acuerdo
consignado anteriormente—y no es po-
co que al fin se hayan entendido entre
sí—solo falta saber la respuesta oficial
de Turquía y Grecia a dicha nota. Ex-
traoficialmente se sabe que aquella
acepta el acuerdo de las potencias y
que esta la rechaza. Buena prueba de
ello es la contestación dada por el uni-
versal Reiner a la intencion formada

CARLOS II EL HECHIZADO

125

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 124

CARLOS II EL HECHIZADO

121

dremos el gusto de ver como se baten los nuevos
cortesanos.

—Y podremos darles una lección siempre que nos
quieran hacer el honor de ponérsenos enfrente, añá-
dió Pantoja con una rabia mal reprimida.

—¿Queréis beber, caballero? prosiguió gahate-
mente el conde.

—Gracias; solo deseo que arreglemos las condi-
ciones del duelo.

—Es cosa muy justa, dijo el conde. ¿Con quién
queréis batiros?

—Con el señor, contestó señalando a Leon Bravo.
Luego indistintamente con todos.

—¿A dónde?

—A espaldas del palacio del Buen-Retiro.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Porque no puedo.

—¿A qué hora?

A las once del día.
Corriente.

—A vuestras órdenes, caballeros.

—Esperad, dijo Santisteban: me falta una pregun-
ta: ¿vuestro nombre?

—Así.

—Vos sois el que habeis insultado, exclamó Mar-
tin Alvarado; nos habeis desmentido delante de esa
multitud que nos va rodeando, y por lo tanto la
ofensa ha sido pública.

—Y bien, mi apreciable pintor; ¿me querreis decir
que os debo una satisfacción?

—Justamente. Una satisfacción general, murmuró
Martin levantando la voz.

Estoy pronto a darla, pero es con la punta de la
espada.

—¡Ah! dijeron todos volviéndose a sentar: Acep-
tamos!

Y cada cual llenó su copa y se puso a beber. El
desconocido seguía de pie mirando con extrañeza a
unos y a otros.

—¿Con qué deciais, prosiguió Martin, que con la
punta de la espada? ¿No es esto, señores?

Todos movieron la cabeza afirmativamente.

—Sí, señor, contestó a su vez el desconocido. Es-
tais burlándoos de mi rey, y si se quiere de mi
patria.

—¿Con que sois francés? preguntó con acento so-
carron el conde de Santisteban.

—Soy francés y pertenezco a la comitiva de esa
reina que queréis hacer española.

—Muy bien, exclamó el joven Monte-azul. Así ten-

—Me las reservo. Solo os digo que no os canséis
en hablarles. Nunca tomarían parte en la conjura-
cion.

—Sabeis más que yo. Pero dos de ellos son hijos
del pueblo.

—No importa. El pueblo debe ser engañado, y a
estos no se les engañaría

Yo creía...

—No confies. Nuestro plan es delicado. Mi objeto
es que no haya sangre, sino una manifestación en
contra de los que gobiernan. Además no pienso pre-
cipitar los sucesos hasta un momento dado... espere-
mos, y seguid reclutando gente.

—¿Pero esos? dijo el hostelero señalando al grupo
de jóvenes.

—Están borrachos... Sino...

Esta expresion dicha en tono de amenaza, se dirigió
bajo los pliegues de una sobria misteriosa.

Bodoni se separó del desconocido. El coro había
concluido, y Leon Bravo volvió a sus funebres ideas.

—¡Brindemos por el rey! dijo apartando otra copa
y poniéndose en pie. Desde esta noche somos como
hombres consagrados a un mismo pensamiento. Dios
nos ha unido... yo creo que somos valientes y que
nuestra voluntad es de hierro.

—Yo he leído los cantos de Homero, dijo el conde,